veces, porque soy un ignorante, pero vuestra intriga llegará siempre al mismo desenlace, porque lo he jurado por el nombre de Mauprat.

—¡Corta piernas! añadió con fria ironía, y quiso salir.

Yo iba á cogerla del brazo, cuando sonó la campanilla; era el abate quien entraba. Apenas apareció, Edmunda le estrechó la mano y se retiró á su cuarto sin dirigirme una sola palabra.

Al observar el buen abate mi turbación, me interrogó acerca de ella con la franqueza que debían darle ya sus derechos á mi afecto. Pero este punto era el único sobre el cual no nos habíamos jamás explicado. En vano lo había intentado; no me había dado una sola lección de historia sin sacar de los amores ilustres un ejemplo ó un precepto de moderación y de generosidad; pero ni una palabra había logrado hacerme decir sobre este particular. Yo no podía perdonarle enteramente el mal servicio que me hacía para con Edmunda, y aun creía que me lo estaba haciendo en la actualidad, por cuya razón me ponía en guardia contra todos los argumentos de su filosofía y todas las seducciones de su amistad. Aquella noche más que nunca fuí inatacable. Dejéle inquieto y de mal humor, y fuí á arrojarme sobre mi cama, donde oculté mi cabeza entre los cobertores, á fin de ahogar mis sollozos, implacables vencedores de mi orgullo y de mi cólera.

SEGUNDA PARTE

I

Al dia siguiente llegó al colmo mi desesperación al ver á Edmunda más que nunca fria conmigo. Mr. de la Marche no había venido y creí observar que el abate había estado en su casa, y hablaba á Edmunda del resultado de su conferencia. Por lo demás, ambos estuvieron enteramente tranquilos, y devoré en silencio mi inquietud, pues no logré hallarme á solas con Edmunda ni un instante. Por la tarde fuí á pié á casa de M. de la Marche. No sé lo que quería decirle. Me hallaba en un estado de desesperación que me impelía á obrar sin objeto y sin plan. Supe que había dejado á París. Volví á casa y hallé á mi tio muy triste. Al verme frunció el ceño, y después de haberme dirigido algunas palabras indiferentes y

forzadas, me dejó con el abate, quien á pesar de haber intentado hacerme hablar, no obtuvo mejor resultado que la víspera. Por espacio de muchos días busqué la ocasión de hablar á Edmunda, pero supo evitarla constantemente. Hacíanse á la sazón los preparativos de marcha para San Severo; pero ella no mostraba tristeza ni alegría. Me resolví á deslizar entre las hojas de su libro dos líneas pidiéndole una entrevista. A los cinco minutos recibí la respuesta siguiente:

«A nada conduciría una entrevista. Vos insistís en vuestra falta de delicadeza; yo perseveraré en mi lealtad. Una conciencia recta no sabe faltar á su juramento. He jurado no ser jamás de otro sino de vos, y no me casaré; pero no he jurado ser vuestra á costa de todo. Si continuais siendo indigno de mi estimación sabré permanecer libre. Mi pobre padre declina hacia el sepulcro; un convento será mi asilo cuando se rompa el único lazo que me une á la sociedad.»

De nada me sirvió haber cumplido las condiciones impuestas por Edmunda, porque por toda recompensa me prescribía que las rompiera. Hallábame, pues, en el mismo estado que el día de su conversación con el abate.

Pasé el resto de aquel día encerrado en mi cuarto; durante toda la noche no hice más que pasearme con agitación, y ni aún traté de dormir. No os diré cuáles

fueron mis reflexiones, pero sí que no fueron indignas de un hombre de bien.

Al rayar el día fuí á casa de Lafayette, quien me proporcionó los papeles necesarios para salir de Francia.

Me dijo que pasara a esperarle en España, donde debía embarcarse para los Estados-Unidos. Volví á mi casa para recoger los efectos y el dinero indispensables al más modesto viajero. Dejé escrita una carta á mi tío, diciéndole que no se inquietara por mi ausencia, y que dentro de breves días le daría en otra más extensa las explicaciones necesarias, y suplicándole, que no me juzgase hasta entonces y que entretanto viviera persuadido de que sus bondades no se borrarían jamás de mi corazón.

Partí antes que nadie se levantara en la casa, temiendo que me abandonase mi resolución á la menor señal de cariño, pues conocía que había abusado del afecto demasiado generoso que me profesaban.

No pude pasar por delante de la habitación de Edmunda sin aplicar mis lábios á la cerradura; después, ocultando la cabeza entre las manos, eché á correr como un loco, y no paré hasta el otro lado de los Pirineos.

Allí tomé algún descanso y escribí á Edmunda que estaba libre y que no contrariaría ninguna de sus resoluciones, pero que me era imposible ser testigo del triunfo de mi rival. Tenía yo la íntima persuasión de

que ella le amaba, y estaba resuelto á sofocar mi amor, prometiendo más de lo que podía cumplir, si bien los primeros efectos del orgullo herido me daban confianza en mí mismo.

Escribí también á mi tío para decirle que no me creería digno de los ilimitados favores que me había dispensado mientras no ganase mis espuelas de caballero. Hablábale de mis esperanzas de gloria y de fortuna guerrera con toda la sencillez de mi orgullo, y como suponía con razón que Edmunda leeria esta carta, afectaba una alegría sin turbación y un entusiasmo sin pesar. No sabía si mi tío tenía conocimiento de los verdaderos motivos de mi partida; pero mi orgullo no pudo resignarse á confesárselos. Lo mismo me sucedía respecto del abate, á quien escribí una larga carta llena de frases, en las que le expresaba mi gratitud y afecto. Terminaba suplicando á mi tío que no hiciese ningún gasto por mi causa en el castillo de Mauprat, asegurándole que jamás podría resolverme á habitarlo y que considerase el feudo rescatado por él como propiedad de su hija.

Pedíale solamente que se sirviera anticiparme dos á tres años de la renta que me correspondía, á fin de poder sufragar los gastos de mi pasaje, y no hacer onerosa al noble Lafayette mi adhesión á la causa americana.

Todos quedaron satisfechos de mi conducta y de mis cartas, pues al llegar á las costas de España, recibí

una carta de mi tío, en la cual, contestándome á la mía, me daba su bendición paternal, reconviniéndome solamente por haberme marchado sin despedirme de nadie; en esta me aseguraba por su honor que jamás tomaría Edmunda el feudo de la Roca de Mauprat y me enviaba una suma considerable sin tocar á mis rentas futuras.

El abate me hacía las mismas protestas y amistosas reconvenciones, pero dejábase conocer fácilmente que prefería el reposo de Edmunda á mi felicidad y que experimentaba una verdadera alegría con mi partida. Sin embargo, me quería, y esta amistad se expresaba de una manera tierna é interesante al través de la satisfacción cruel de que aparecía mezclada. Envidiaba mi suerte, mostrábase entusiasta por la causa de la independencia y me decía que más de una vez había estado tentado por ahorcar los hábitos y tomar el mosquete; pero conocíase desde luego que todo esto no era más que una pueril afectación de su parte, pues su natural, tímido y dulce revelaba siempre al sacerdote, por más que se encubriera con la capa de la filosofía.

Entre estas dos cartas, hallé un billetito estrecho y sin sobrescrito, como si se hubiera introducido allí furtivamente, que conocí ser de la única persona que me interesaba realmente en el mundo, pero que me faltaba valor para abrir. Largo rato anduve por la playa dando vueltas á aquel papel con mano trému-

la, temiendo perder al leerlo, la especie de calma desesperada que sentía, y más que todo, hallar entre las frases de gratitud y de una alegría entusiasta otro amor satisfecho. ¿Qué puede escribirme? decía en mi interior; ¿por qué me escribe? No quiero su compasión y mucho menos su agradecimiento. Estuve tentado por arrojar el billete al mar, y hasta levanté el brazo para verificarlo; pero lo estreché inmediatamente contra mi corazón y lo tuve así largo rato guardado, como si hubiese creído en esa vista oculta de los partidarios del magnetismo, que pretenden leer con los órganos de la mente y del sentimiento, tan bien como con los ojos.

En fin, me decidí á romper el sobre y leí estas palabras: «Has hecho bien, Bernardo; pero no te lo agradezco, porque voy á sufrir con tu ausencia más de lo que puedo expresar. Ve, sin embargo, á donde tu honor y el amor de la santa verdad te llaman; mis votos y mis plegarias te seguirán á todas partes. Vuelve cuando cumplas tu misión; no me hallarás casada, ni religiosa.» En este billete me incluía la sortija de cornelina que me había cedido durante mi enfermedad, y que yo le devolví al dejar á Paris. Mandé hacer una cajita de oro donde guardé el billete y la sortija que coloqué junto á mi corazón como un escapulario. Lafayette, detenido en Francia por orden del gobierno, que se oponía á su expedición, vino pronto á unirse á nosotros, después de haberse eva-

dido de la prisión. Yo habia tenido tiempo de hacer mis preparativos, y me hice á la vela lleno de tristeza, de ambición y de esperanza.

Dispensadme que omita la narración de la guerra de América, pues quiero separar todo lo que tenga relación con mi existencia de los hechos de su historia; pero permitidme también que suprima aquí mis aventuras personales, porque forman en mi memoria un capítulo aparte, en que Edmunda representa el papel de una Madona constantemente invocada, pero invisible; y no puedo creer que tomeis el menor interés por oir los incidentes de una gran parte de narración, en la que no aparezca absolutamente esa figura angelical, única digna de ocupar vuestra atención, en primer lugar por ella misma, y después por la acción que sobre mí ejercia.

Os diré solamente que desde los grados inferiores, alegremente aceptados por mí al principio en el ejército de Washington, logré por rigorosa escala, pero rápidamente, el grado de oficial. Mi educación militar fué pronta, porque en esto, como en todo lo que emprendí durante mi vida, desplegué la mayor aplicación, y con una voluntad de hierro triunfé de las dificultades.

Obtuve la confianza de mis ilustres jefes. Mi excelente constitución me hacía propio para las fatigas de la guerra, y aun mis antiguas costumbres de bandido me sirvieron de mucho, pues soportaba los

reveses con una calma que no tenía ninguno de los jóvenes franceses que desembarcaron conmigo, cualquiera que fuese su denuedo y bizarría.

Mi valor fué frio y tenaz, no sin gran sorpresa de nuestros aliados, que más de una vez sospecharon de mi orígen al ver cuán pronto me familiarizaba con los bosques, y lo bien que luchaba en astucia y desconfianza con los salvajes que frecuentemente nos molestaban en nuestras maniobras.

A pesar de mis continuas marchas y de los trabajos inherentes á ellas, tuve la felicidad de poder cultivar mi espíritu con la intimidad de un jóven de mérito que la Providencia me deparó por compañero y amigo, El amor á las cien cias naturales le había llevado á nuestra expedición, en la que se portó siempre como buen militar, pero era fácil conocer que la simpatía política no jugaba en su resolucion más que un papel secundario.

Ningún deseo tenía de adelantar en la carrera y era poco apto para los estudios estratégicos. Su herbario y sus observaciones zoológicas le ocupaban mucho más que el éxito de la guerra y el triunfo de la libertad. Se batia como el primero cuando llegaba la ocasión, para no merecer nunca la nota de cobarde; pero hasta la víspera del combate parecía ignorar que se tratase de otra cosa que de una excursión científica en las sabanas del nuevo mundo.

Su maleta estaba siempre llena, no de dinero, ni

de alhajas, sino de muestras de historia natural; y mientras que, acostados sobre la yerba, estábamos atentos al menor rumor que pudiera revelarnos la aproximación del enemigo, él permanecía absorto en el análisis de una planta ó de un insecto. Era este jóven admirable bajo todos conceptos, puro como un angel, desinteresado como un estóico; sufrido como un sabio, pero jovial siempre y afectuoso.

Cuando una sorpresa nos ponía en peligro, él solo se apuraba por sus preciosas piedras y por sus inapreciables plantas que llevaba á la grupa; y sin embargo, cuando alguno de nosotros salia herido lo cuidaba con una bondad y un celo superiores á todo encarecimiento.

Un día me vió la cajita de oro que llevaba debajo de mi casaca, y me suplicó con mil instancias que se la cediera para colocar en ella unas patas de mosca y unas alas de cigarra, que hubiera defendido hasta derramar la última gota de su sangre. Necesario fué todo el respeto que yo tenía á las reliquias del amor para resistir á las instancias de la amistad. Todo lo que pudo obtener de mí fué deslizar en mi preciosa cajita un planta muy linda que decía haber descubierto él el primero, y que solo tuvo derecho de asilo al lado del billete y del anillo de mi amada, á condición de llamarse *Edmunda Sylvestris*. Consintió en ello con tanta mas facilidad cuanto que ya había dado á un hermoso maguillo el nombre de Samuel Adans,

y el de Francklin á no sé qué abeja industriosa, pues nada le agradaba tanto como asociar sus nobles entusiasmos á sus ingeniosas observaciones.

Llegué á profesarle un cariño tanto más intenso, cuanto que era el primer amigo que tenía de mi edad. El encanto que hallé en esta unión me reveló una faz de la vida, facultades y necesidades del alma que yo no conocía. Como jamás había podido desprenderme de las primeras impresiones de mi infancia, en mi amor á la Caballería, me complací en ver en él un hermano de armas, y quise que me diese este título, con exclusión de otro cualquiera amigo íntimo.

Accedió á este deseo con una sinceridad de corazón que me probó cuán viva era la simpatía que existía entre nosotros. Opinaba que yo había nacido para ser naturalista, á causa de mi aptitud para la vida nómada y rudas expediciones. Censurábame que fuese algo preocupado, y me reñía sériamente cuando caminaba sin reflexión sobre algunas plantas interesantes pero aseguraba que estaba dotado del espíritu de método, y que podría inventar un día, no una teoría de la naturaleza, sino un *excelente* sistema de clasificación. Su predicción no se realizó, pero sus estímulos despertaron en mí el gusto al estudio, y fueron parte para que mi espíritu no se paralizara en la vida de los campos.

Fué para mí el enviado del cielo; á no haber sido

por él, tal vez hubiera yo llegado á ser, sino el *corta piernas* de la Roca de Mauprat, á lo menos el salvaje de la Varenne. Sus lecciones reanimaron en mí el sentimiento de la vida intelectual; engrandeció mis ideas, ennobleció mis instintos, porque si una maravillosa rectitud y hábitos de modestía le impedian lanzarse en discusiones filosóficas, tenía el amor innato de la justicia y decidía con una sagacidad infalible todas las cuestiones de sentimiento y de moralidad. Tomó sobre mí un ascendiente que jamás pudo tomar el abate en la posición en que nuestra desconfianza mútua nos había colocado al principio.

Me reveló una gran parte del mundo físico, pero lo que me enseñó de más precioso, fué á habituarme al conocimiento de mí mismo y á reflexionar sobre mis impresiones. Llegué á gobernar hasta cierto punto mis movimientos, y digo hasta cierto punto, porque jamás me corregiré de mi carácter orgulloso y violento.

A nadie es dado cambiar la esencia de su ser; pero puede dirigir hacia el bien sus diferentes facultades, y aun logrará casi utilizar sus propias faltas: por lo demás este, es el gran secreto y el gran problema de la educación.

Las conferencias de mi querido Arturo me condujeron á tales reflexiones, que logré deducir lógicamente de todos mis recuerdos los motivos de la conducta de Edmunda. Entonces me pareció grande y

generosa, sobre todo en las cosas que, mal vistas y mal apreciadas, me habían ofendido más. No la amaba más, porque esto era imposible: pero llegué á comprender por qué la amaba invenciblemente, á pesar de todo lo que ella me había hecho sufrir.

Esta llama santa ardió en mi alma sin debilitarse un solo momento durante los seis años de nuestra separación. A pesar del exceso de vida que inundaba mi ser, á pesar de las excitaciones de una naturaleza exterior, llena de voluptuosidad, á pesar de los malos ejemplos y de las infinitas ocasiones que atacan en brecha á la debilidad humana en la libertad de la vida errante y militar, tomo á Dios por testigo de que conservé intacta mi túnica de inocencia y no conocí el ósculo de ninguna mujer. Arturo, á quien una organización más tranquila estimulaba con menos violencia, y á quien el trabajo intelectual absorbía casi enteramente, no fué siempre tan austero, y hasta me invitó muchas veces á no correr los peligros de una vida excepcional, contraria al voto de la naturaleza.

Cuando le confié que una gran pasión alejaba de mí toda debilidad y hacía toda caida imposible, cesó de combatir lo que él llamaba mi fanatismo (palabra que estaba muy en boga y que se aplicaba á casi todo indiferentemente), y observé que me profesaba una estimación más profunda, y aun puedo decir, una especie de respeto que no se expresaba por medio de

palabras, sino que se revelaba en mil demostraciones más ó menos grandes de adhesión y deferencia.

Un día en que me hablaba del gran poder que ejerce la dulzura exterior unida á una voluntad firme, citándome por ejemplo el bien y el mal que presenta la historia de los hombres, sobre todo la dulzura de los apóstoles y la hipocresía de los falsos ministros de todas las religiones, vínome en mientes preguntarle si con la fogosidad de mi sangre y la violencia de mi carácter, podría ejercer alguna vez influencia sobre mi familia.

Al servirme de esta última palabra no pensaba más que en Edmunda. Arturo me contestó que tendría otro ascendiente que el de la dulzura adquirida, esto es, la bondad natural. El calor del alma, el ardor y la perseverancia del cariño, he aquí lo que se necesita en la vida de familia, y estas cualidades hacen amar nuestros defectos aun por aquellos mismos que más habitualmente los sufren. Debemos procurar vencernos por amor á aquellos que nos aman; pero proponerse un sistema de moderación en el seno del amor ó de la amistad, sería, en mi concepto, pretensión pueril y un trabajo egoista, que mataría desde luego el amor dentro de nosotros mismos, y muy pronto despues en los demás. No os hablo de moderación reflexionada sino en la aplicación de la autoridad sobre las masas. Así que, si teneis alguna vez ambición...

—Según eso, le dije sin escuchar la última parte de su discurso, ¿creeis que tal como me conoceis puedo hacer feliz á una mujer y hacer que me ame á pesar de todos mis defectos y de los males que estos ocasionan?

—¡Oh cabeza de loco enamorado! ¡exclamó, cuán difícil es distraeros!... Pues bien, ya que lo quereis así, Bernardo, os diré lo que pienso de vuestros amores. La persona á quien tan ardientemente amais, os ama, á menos que sea incapaz de amar ó enteramente desprovista de sentido. Yo le aseguré que era tan superior á las demás mujeres, como lo es el león á la ardilla y el cedro al hisopo, y á fuerza de metáforas, logré convencerle. Entonces me invitó á confiarle algunos pormenores, á fin, según decía, de poder juzgar de mi posición respecto de Edmunda. Abrile, pues, mi corazón sin reserva y le conté toda mi historia desde el principio hasta el fin. Estábamos entonces á orillas de una hermosa selva virgen, y el sol, declinando á su ocaso, nos enviaba sus últimos rayos. El parque de San Severo, con sus hermosos árboles señoriales que jamás habían sufrido el ultraje del hacha, se representaba á mi pensamiento, mientras miraba los árboles del desierto libres de todo cultivo desplegándose en toda su fuerza y gracia primitiva por encima de nuestras cabezas. El horizonte de un color encendido me recordaba las visitas de la tarde á la cabaña de Paciencia y veía á Edmunda sentada

bajo los dorados pámpanos; y el canto de las cotorras alegres me recordaba el de los hermosos pájaros exóticos que ella educaba dentro de su cuarto. Lloré al pensar en la distancia á que me hallaba de mi patria, en el vasto océano que nos separaba y que se ha tragado á tantos peregrinos en el momento de saludar la playa natal

Pensé también en los azares de la fortuna, en los peligros de la guerra, y por primera vez tuve miedo á la muerte, porque mi querido Arturo, estrechando mi mano entre las suyas, me aseguraba que era amado, y que veía una nueva prueba de afecto en cada rasgo de rigor y desconfianza. «¡Qué niño eres! me decía, ¿no ves que si en efecto, no quisiera casarse contigo, hubiera tenido mil medios para librarse eternamente de tus pretensiones? Y si no te amase con tan inagotable ternura, ¿crees que se hubiera tomado tanto trabajo ni hecho tantos sacrificios para sacarte de la abyección en que te había encontrado y hacerte digno de ella? Pues bien, tú que no piensas sino en las antiguas hazañas de la caballería andante, ¿no conoces que eres un caballero condenado por tu dama á pruebas difíciles y rudas por haber faltado á las leyes de la galantería, reclamando con tono imperioso el amor que se debe implorar de rodillas?»

Entonces entraba en un exámen circunstanciado de mis crímenes y opinaba que los castigos eran muy

fuertes, pero merecidos; discutía en seguida las probabilidades del porvenir y me daba el excelente consejo de someterme hasta que juzgaran conveniente absolverme.

—Pero, ¿no es una vergüenza, le decía yo, que un hombre maduro, como yo lo soy ahora, por la reflexión, y rudamente experimentado en la guerra, se someta como un niño al capricho de una mujer?

—No, me respondió Arturo, no es una vergüenza, ni la conducta de esa mujer es dictada por el capricho. No hay más que honor en reparar la falta que cometemos, y sin embargo, ¡qué pocos son los hombres capaces de hacerlo! No hay más que justicia en el pudor ofendido que reclama sus derechos y su independencia natural. Os habeis conducido como Albion: no os admireis de que Edmunda se conduzca como Filadelfia. Ella no se rendirá sino con la condición de una paz gloriosa, y tendrá razón.

Después quiso saber qué conducta había observado Edmunda conmigo en los dos años que habían transcurrido desde que estábamos en América. Le enseñé las pocas y breves cartas que había recibido de ella, y quedó sorprendido del gran talento y delicado amor que revelaban sus frases escritas en un estilo elevado y conciso.

Edmunda no me hacía ninguna promesa, ni me alentaba con ninguna esperanza directa; pero manifestaba vivos deseos de mi regreso y de la felicidad

que gustaríamos *todos*, reunidos alrededor del hogar, cuando la relación de mis extraordinarias aventuras prolongase agradablemente las veladas del castillo; y por último, no vacilaba en decirme que yo era, con su padre, *la única solicitud de su vida*. Sin embargo, á pesar de una ternura tan sostenida, me asaltó una sospecha terrible.

En esas cartas tan lacónicas de mi prima, así como en las de su padre, y como en las extensas y floridas del abate Auberto, no se me comunicaban jamás los sucesos que podían y debían ocurrir en la familia.

Todos me hablaban de mí mismo, y jamás me decían una palabra los unos de los otros; todo lo más que hacían era hablarme de los ataques de gota del caballero. No parecía sino que los tres se habían puesto de acuerdo para no decirme ninguno de ellos las ocupaciones y la situación de espíritu de los otros dos.

—Ilústrame y tranquilízame, si puedes, sobre este particular, dije á Arturo. Hay momentos en que me imagino que Edmunda está casada, y que todos se han convenido en no decírmelo hasta mi vuelta; porque al fin, ¿quién lo impide? ¿Es probable que me ame bastante para vivir en la soledad solo por amor hacia mí, mientras que este amor sometido á los principios de una fría razón y de una austera conciencia se resigna á ver prolongarse indefinida-

mente mi ausencia con la guerra? No hay duda que tengo aquí deberes que llenar; el honor exige que defienda mi bandera hasta el día del triunfo ó de la derrota irreparable de la causa que sirvo; pero conozco que prefiero á Edmunda á estos vanos honores y que por verla una hora más pronto abandonaría mi nombre á la burla y á las maldiciones del universo.

—La violencia de vuestra pasión os sugiere este último pensamiento, respondió Arturo sonriéndose: pero no obrareis como decís llegando la ocasión. Cuando tenemos que luchar con una sola de nuestras facultades, creemos á las demás anonadadas: pero un choque exterior las despierta, y pronto vemos que nuestra alma vive por muchos puntos á la vez. No sois insensible á la gloria, Bernardo, y si Edmunda os invitase á renunciar á ella, advertiriais que esta gloria os importaba más de lo que pensábais; teneis ardientes convicciones republicanas, y Edmunda ha sido la primera que os las ha inspirado. ¿Qué pensariais de ella, y qué sería en efecto, si os dijese hoy: Una cosa hay más augusta y sagrada que la religión que os he predicado y que los dioses que os he revelado: esta cosa es mi placer? Bernardo, vuestro amor está lleno de exigencias contradictorias. La inconsecuencia es por lo demás la propiedad característica de todos los amores humanos.

Los hombres se imaginan que la mujer no tiene

existencia por sí misma, y que debe siempre absorberse en ellos; y sin embargo, no aman apasionadamente si no á la mujer que parece elevarse, por su carácter, sobre la debilidad y la inercia de su sexo. Bajo este clima veis á todos los colonos disponer de la hermosura de sus exclavas; pero no las aman por hermosas que sean, y cuando por una casualidad se apasionan de alguna de ellas, su primera necesidad es emanciparla. Hasta entonces no la consideran como criatura humana. El espíritu de independencia, la noción de la virtud, el amor del deber, privilegio de las almas elevadas, son, pues, necesarios en una compañera, y cuanta más fuerza y paciencia muestre vuestra amada, más la amaréis á pesar de vuestros sufrimientos. Es menester que sepais distinguir el amor del deseo: este quiere destruir los obstáculos que lo atraen, y muere sobre las ruinas de una virtud vencida; el amor quiere vivir, y por lo mismo quiere ver al objeto de su culto largo tiempo defendido por ese muro de diamante, cuya fuerza y brillo forman su valor y hermosura.

De este modo me explicaba Arturo los resortes misteriosos de mi pasión y reflejaba la luz de su sabiduría en las tempestades tenebrosas de mi alma. De vez en cuando añadía: «Si el cielo me hubiese dado la mujer que algunas veces he soñado, creo que hubiera sabido hacer de mi amor una pasión noble y generosa; pero la ciencia absorbe demasiado

tiempo y no he tenido espacio para buscar mi ideal, y si lo he encontrado, no he podido estudiarlo, ni reconocerlo: esta dicha os está concedida, Bernardo, pero no profundizareis la historia natural: un hombre solo no puede abarcarlo todo.»

En cuanto á mi sospecha sobre el casamiento de Edmunda, que tanto temía, la desechaba como una obsesión de alma enfermiza; y hallaba por el contrario en el silencio de Edmunda sobre el particular una admirable delicadeza de conducta y de sentimientos.

«Si fuera una persona frívola, decía, procuraría comunicaros todos los sacrificios que ha hecho por vos y enumeraros los títulos y cualidades de los pretendientes que desprecia. Pero Edmunda tiene un alma demasiado elevada y un carácter demasiado serio para entrar en tan pueriles pormenores. Mira los convenios entre vos y ella como inviolables, y no imita á esas conciencias débiles que hablan siempre de sus victorias para hacer un mérito de lo que la verdadera virtud considera fácil é insignificante. Ha nacido tan fiel, que no imagina siquiera que puede haber quien sospeche que no lo es.»

Estas palabras derramaron un bálsamo saludable en mis heridas. Cuando Francia concedió al fin abiertamente su protección á la causa americana, recibí del abate una carta que vino á tranquilizarme enteramente sobre este punto. Decíame en ella que probablemente encontraria en el nuevo mundo á un *antiguo amigo*.

El conde de la Marche habia obtenido un regimiento y partido para los Estados-Unidos. «*Sea dicho entre nosotros*, añadía el abate, bien necesitaba crearse una posición, pues aunque modesto y despejado, ha tenido siempre la debilidad de ceder á la preocupación de familia.

Avergonzábase de su pobreza y la ocultaba como se oculta una lepra; así es que ha acabado de arruinarse, no queriendo dejar traslucir los progresos de su ruina. Las gentes atribuyen el rompimiento de Edmunda con él á este revés de fortuna, y hasta hay quien dice que estaba muy poco enamorado de la persona de la novia, y mucho de su dote. Yo, por mi parte, no me atrevo á suponerle miras tan bajas, y solo creo que ha sufrido las terribles consecuencias que producen los falsos principios sobre el aprecio de los bienes de este mundo. Si le encontrais, desea Edmunda que le mostreis interés y afecto, y le expreseis el que ella siempre le ha tenido. La conducta de vuestra prima en esto, como en todas las cosas, ha sido dechado de dulzura y de dignidad.»

II

La víspera de la partida de M. de la Marche, des-